

para tomar reposo hasta la mañana." Al presente, como en otras veces, los obispos nombrados van á orar en el retiro antes de su ordenacion.

En los primeros siglos, las consagraciones se hacian el domingo, de madrugada, alguna vez en la noche. Así, San Heriberto, arzobispo de Colonia, fué consagrado la *noche de Noel*, mientras la celebracion de la misa (la *noche buena*). La ordenacion generalmente se hacia antes del Evangelio.

La viudedad de una Iglesia es triste; cuando el pastor falta al rebaño las ovejas y los corderillos están inquietos. Cuando la muerte ha separado al padre de en medio de sus hijos, la familia está incompleta y desolada. Lo mismo es una diócesis sin obispo. ¡ Los deseos del verdadero cristiano, encuentran tantos obstáculos en el mundo! La impiedad y la intriga han trazado y abierto tantos senderos en esta tierra, que las miradas mas justas y los deseos mas santos se extravían frecuentemente. Para llegar al bien, bastaria un camino derecho y largo; Satanás lo ha cruzado de millares, surcando el mundo en todas direcciones. En estas vias es en donde se pierden las mejores intenciones, y es por estas vias por donde la ambicion y la intriga llegan á su objeto.

Nosotros, pues, que en este momento estamos huérfanos, nosotros que acabamos de ver á nuestro obispo (1) (á quien sus santas fatigas le han acabado prematuramente) descender de su trono episcopal para ir á acostarse y reposar cerca de sus predecesores, redoblamos nuestras plegarias para que un justo, segun el corazon de Dios, nos sea otorgado y pueda continuar los planes y los proyectos de caridad, de piedad y de justicia, que el prelado que echamos de menos soñaba sobre su lecho de agonía.

### CONSAGRACION DE UN OBISPO.

La campana mayor, esta voz solemne de Nuestra Señora de Paris, desde que la aurora despunta, ha dejado caer de lo alto de las viejas torres sus sonidos graves y religiosos sobre la poblacion que se despierta y comienza á moverse. En esta innumerable multitud que ve nacer un día de mas, ¿ tenemos todos el pensamiento del Dios que nos lo acuerda? ¡ Ay, no! toda ó mas de la mitad del pueblo parisiense, comprende la llamada de esta campana lanzando sus sonidos en los aires. Esta porcion de habitantes que yo llamaria la tribu fiel, porque no ha olvidado

(1) Monseñor de Essarts obispo Blois, muerto en Octubre de 1850.

do al Señor y cumple todavía sus leyes, desde que ha oído el repique de la catedral, se ha convencido de que una imponente y magnífica solemnidad debe tener lugar este mismo día bajo sus bóvedas históricas y ennegrecidas por el humo del incienso que han quemado nuestros padres. Hoy es, dice la madre de familia preparando á sus hijos, cuando debemos ir á Nuestra Señora, á ver una de las mas bellas y majestuosas ceremonias de nuestra santa religion; la consagracion de un obispo.

Para la consagracion de un príncipe de la Iglesia, el santuario episcopal despliega todas sus magnificencias. La larga nave de la antigua basílica, se adorna. Los haces de columnas y capiteles que sufren las ojivas de los arcos, están revestidas de bellas tapicerías de alto bruñido, representando los personajes mas ilustres del Antiguo y del Nuevo Testamento.

A derecha é izquierda de los brazos de la cruz latina, se elevan dos gradas para que los parientes, los amigos del obispo nombrado y dignatarios de las diferentes administraciones, se coloquen allí. Las galerías superiores están preparadas tambien, para recibir la muchedumbre, siempre ávida de estos grandes y santos espectáculos.

“ La preparacion del lugar donde se hace esta consagracion consiste principalmente en dos altares y un trono para el obispo consagrador. Uno de estos altares debe servir para decir la misa y para hacer todas las ceremonias de la consagracion; y está adornado por lo comun de una cruz en el medio y de seis candelabros con seis grandes cirios, donde están fijados los escudos de armas del obispo que hace la ceremonia con los del obispo que debe ser consagrado; el otro, que es mas pequeño y menos adornado, debe servir solamente al nuevo obispo para revestirse y para decir todo lo de la misa que precede al ofertorio. Sobre este altar y sobre una credencia (*aparador*) que esté próxima, se pone todo lo que ha de servir en la ceremonia, y todos los ornamentos con que el consagrado debe ser revestido.”

Después de este altar se coloca otro aparador mas pequeño, cubierto de un mantel blanco, y sobre el cual están los vasos para la ablucion de las manos, después las bandas de lino para cubrir las unciones, el anillo episcopal con su piedra preciosa, dos grandes panes, para ser solemnemente llevados al refectorio, y dos pequeños barriles conteniendo el vino del altar, y sobre los cuales se ven las armas é insignias del pontífice consagrador y del obispo electo.

Los que reprochan al catolicismo el lujo de sus vestiduras y el esplendor de sus ceremonias, conocen bien mal la naturaleza del hombre. Ciertamente, no es preciso darnos mas que aquello que nos es útil, pero en

o que aprovecha nuestras almas, es preciso que nuestros ojos hayan sido cautivados. La mirada tiene su reflejo en el corazón.

En fin, suena la hora; de lo alto de la tribuna del pórtico, el órgano hace oír sus majestuosos y graves sonidos: todos los ojos de los fieles se vuelven hácia la galería de la Iglesia que conduce á la sacristía. . . . Allí sobre todas las cabezas de la multitud, brilla radiosa la cruz roja del capítulo, dos cirios hacen brillar sus pequeñas luces á derecha é izquierda del signo de la redencion, que avanza con lentitud y majestad. Las alabardas de los suizos retumban sobre las gradas, y los niños de coro los siguen de cerca, despues de ellos, los jóvenes elevados del santuario, luego los canónigos, los archiprestes, los grandes vicarios, todos los antiguos y dignatarios, y honras del santuario; y para terminar este solemne cortejo, seis ú ocho obispos y arzobispos, con la mitra de oro en la frente, y el báculo pastoral en la mano: en medio de ellos marcha el nuevo electo, todo vestido de blanco, y llevando el birrete ó bonete cuadrado; su frente no lleva todavía la mitra. En fin, hé aquí aparecer el arzobispo consagrante. . . . A medida que adelanta, el tropel cristiano se inclina y prosterne para recibir su bendicion.

El espacio reservado enfrente de la balaustrada del santuario, está lleno; cada uno se coloca en el lugar que se le ha indicado antes por los maestros de ceremonias.

El obispo consagrante sube al altar, se arrodilla, y ora en silencio; al cabo de algunos instantes se levanta y toma su lugar en el sillón que le ha sido preparado. Entonces los cantores entonan el salmo; *Quam dilecta tabernacula tua Domine!* Conducido por los dos preladados asistentes, el elegido se presenta al consagrante. Los asistentes llevan la mitra y la capa; el que va á recibir la unción no está cubierto mas que con su bonete; lo quita de su frente cuando llega cerca del pontífice, mientras los obispos que asisten, no hacen mas que inclinar sus cabezas mitradas.

Todos están entre tanto sentados ante el arzobispo, supremo oficiante de la consagración; por algunos instantes guardan silencio: despues el electo y sus dos asistentes se levantan; todos entonces tienen la cabeza desnuda, y el mas anciano de los dos obispos dice al consagrante:

Muy reverendo padre: nuestra madre la santa Iglesia católica, os pide que os digneis elevar al sacerdote que os presentamos, al cargo del episcopado.

El oficiante dice: ¿Teneis la bula apostólica?

El mas viejo de los asistentes responde: La tenemos.

Que se lea; agrega el pontífice.

Entonces, el protonotario del consagrante, recibiendo el mandato apos-

tólico, lo lee, desde la primera línea hasta la última, y luego que la lectura ha terminado, el consagrante responde: *Demos gracias á Dios.*

Despues, el electo, que así como los asistentes ha permanecido sentado durante la lectura, se levanta, y viene solo á arrodillarse ante el arzobispo, y hace entre sus manos el juramento de permanecer, con la gracia de Dios, fiel á las leyes y decretos de la Santa Iglesia, y á todos los deberes del episcopado.

Mientras la lectura de la fórmula del juramento, el pontífice consagrante ha tenido con sus dos manos el libro de los santos Evangelios abierto sobre sus rodillas, y el electo, poniendo su mano derecha sobre las páginas sagradas, pronuncia en alta voz estas palabras: *Así Dios y los santos Evangelios me ayuden.*

*Rindamos gracias al Señor,* agrega el pontífice.

*Pregunta.*—¿Quereis mostrar en todo, fidelidad, sumision y obediencia, segun la autoridad de los sagrados cánones, á San Pedro apóstol, al cual ha dado Dios el poder de ligar y desatar; á su Vicario, nuestro padre el Papa N. . . . . y á sus sucesores los pontífices romanos?

*Respuesta.*—Si quiero.

Una corta alocucion del consagrante recuerda al electo, que segun las reglas que han dejado los padres de la Iglesia, aquel que va á recibir la carga del episcopado, debe ser examinado é interrogado con mucha caridad sobre su creencia en cuanto á la Santísima Trinidad, así como respecto de los otros artículos relativos á la disciplina y á las costumbres que convienen á su estado. Esta máxima tan sabia, es no solamente conforme á las palabras del Apóstol: *No impondrás las manos á persona alguna con precipitacion,* sino que tiende á instruir á aquel que debe ser ordenado, sobre la manera con que es preciso conducirse, cuando haya llegado al puesto elevado á que se le llama.

Despues de estas palabras, dirigidas paternalmente al elegido, sigue una serie de preguntas, concernientes todas á la disciplina y los preceptos de la Iglesia: á cada una de ellas responde el elegido:

SI QUIERO: VOLO.

Despues de estas interrogaciones, vienen otras sobre los dogmas de la fé.

A estas, ya el obispo nombrado, responde: CREDO; si creo.

La última de esas preguntas es esta:

“¿Creeis tambien, que el Señor Dios Todopoderoso, es solo autor del Nuevo y del Antiguo Testamento de la ley, y de los escritos de los apóstoles y de los profetas?”

Quando el electo ha respondido: Sí creo,

El consagrante dice: "Que el Señor Todopoderoso aumente en vos esta fé, mi muy caro y muy amado hermano en Jesucristo, á fin de que vengais á la verdadera y eterna felicidad."

Y todos responden: *Amen.*

Después, los obispos asistentes se levantan con aquel que debe ser consagrado, y le conducen cerca del consagrante, cuya mano besa poniéndose de rodillas ante él.

Al principio de la misa, el que debe ser consagrado vuelve al altar pequeño; allí se quita su capa, y se le reviste de los ornamentos episcopales; se le pone al cuello la cruz pastoral, bajando su estola para dejarla tomar de los dos lados; se le pone también el alba, la dalmática, la cassula, y el manipulo al brazo.

Así vestido, se aproxima á su altar, entre los dos obispos que asisten, diciendo las oraciones acostumbradas: *Aufer á nobis &c.*, y *Oramus te Domine &c.*, y sin dejar el centro del altar, dice la misa del día, mientras que lo hace de su lado el obispo consagrante, hasta después del *gradual*, y su versículo. No hay nada particular en esta misa si no es esta oración.

"Escuchad, oh Dios Todopoderoso, mis muy humildes súplicas, á fin de que en esto tan grande que vamos á hacer, sea sostenida la debilidad de nuestra miseria por la eficacia de vuestra virtud. Por nuestro Señor Jesucristo."

"*Amen.*"

Entonces el consagrante se levanta de su solio, y va á sentarse en el sillón ante el altar, donde el obispo electo es conducido por los dos asistentes. El pontífice le dirige estas palabras: "Un obispo debe juzgar, interpretar, ofrecer, bautizar y confirmar." Después, de pié, con la mitra en la frente, y el báculo en la mano, agrega en alta voz, dirigiéndose á todos los que le rodean.

"Roguemos, nuestros muy caros hermanos, que la bondad de Dios Todopoderoso quiera bien por medio de su Iglesia, repartir sobre este elegido, que va á ser ordenado obispo, la abundancia de sus gracias. Por Jesucristo Nuestro Señor. *Amen.*"

Después de esta oración, el consagrante se pone de rodillas, así como los obispos asistentes, mientras que aquel que va á ser consagrado, se prosterna con el rostro contra la tierra enfrente del altar, y permanece así prosternado mientras dura el canto ó se recitan las letanías de los santos.

Cuando están casi terminadas, por estas palabras: "Os rogamos, Señor, acordar el reposo eterno á todos los fieles difuntos: escuchadnos, os

rogamos," el consagrante se levanta, toma su báculo, se inclinándose sobre el elegido, que permanece aun prosternado, le bendice tres veces diciéndole:

"Os rogamos bendecir este elegido.

"Escúchanos, Señor.

"Os suplicamos bendecirlo y santificarlo.

"Oyenos, Señor.

"Os suplicamos bendecirlo, santificarlo y consagrarlo.

"Atiédenos, Señor."

Los dos prelados asistentes, con sus mitras puestas, han permanecido de rodillas durante estas bendiciones: pronuncian las mismas palabras, y dan las mismas bendiciones que el obispo consagrante.

Las letanías vuelven á seguir.

"Os rogamos escuchar nuestros votos, ¡oh Hijo de Dios! atiédenos." Después se repite tres veces: Cordero de Dios, que quitas los pecados de este mundo: perdónanos, Señor.

Entonces todos se levantan, el obispo oficiante se pone de pié ante su sillón, teniendo á sus piés de rodillas al que debe ser consagrado. El consagrante, ayudado por los dos asistentes, le pone el libro de los Evangelios abierto sobre sus espaldas, haciéndolo apoyar un poco sobre la cabeza. Y el libro permanece en este estado, siempre abierto detrás de él, sostenido por uno de sus capellanes, hasta que se le viene á tomar para hacerle tocar, cuando hayan sus manos recibido la unción. Entre tanto, el consagrante y los dos asistentes tocan todos tres con sus dos manos la cabeza, de aquel que debe ser consagrado; y estando aquel siempre de rodillas, dicen los tres prelados:

*Accipe Spiritum Sanctum*: recibid el Espíritu Santo.

Después de lo cual el consagrante, quitándose su mitra y poniéndose de pié, recita una oración, que sienta no poder colocar íntegra por no difundirme, y que termina por estas palabras: "Señor, haced que vuestro servidor escogido para ser elevado al supremo sacerdocio, tenga en sí lo que hace el ornamento de las almas, y que está figurado por los trajes preciosos de la antigua ley: haced que la santidad brille en las costumbres y las acciones de este sacerdote de la nueva alianza. Cumplid en él el fin de vuestro ministerio, y habiéndolo revestido de todos los ornamentos de vuestra gloria, santificadlo por la efusión de vuestra unción celeste."

Después de estas palabras, se liga la cabeza de aquel que va á ser consagrado obispo, con una venda de tela blanca, que se le pone alrededor de su tonsura, á causa de la unción que se le va á hacer, para impedir que el santo crisma se esparza por los cabellos.

En este instante, poniéndose de rodillas el que consagra, entona el *Veni Creator*. Despues de la primera estrofa, mientras que el coro continúa el himno al Espíritu Santo, se sienta en su sitial, recibe la mitra, teniendo el gremial estendido sobre él (1), mete el dedo pulgar de la mano derecha en el santo crisma que se le presenta; entonces, estando de rodillas el nuevo obispo, le unta la cabeza en deredor de la corona, y formando una cruz, y estendiendo en seguida la unción sobre todo el resto de su parte rasurada, dice al mismo tiempo;

“Que vuestra cabeza sea untada y consagrada en el orden de los obispos, por la bendición celeste.”

El consagrante se enjuga las manos, y ruega así en alta voz: “Que esta unción, oh Señor, se reparta abundantemente sobre la cabeza, que destile como la de Aaron sobre sus vestidos; que descienda hasta las estremidades del cuerpo; que sea la señal de la efusión abundante de la virtud de vuestro espíritu; que le llene por dentro y le cubra por fuera todo entero. Que se vea brillar en él una fé firme y constante, una caridad pura, una paz sincera: haced por vuestra gracia que sus piés sean como aquellos donde está escrito: “que sean bellos los piés de aquellos que anuncian por todas partes el Evangelio de paz, que proclaman los solos verdaderos bienes.....”

“Que aquel que osare maldecirlo, sea maldito él mismo, y aquel que lo bendiga, sea colmado de bendiciones; que sea un servidor sabio y fiel, establecido por vos, Señor, sobre vuestra familia, para distribuirles en su propio tiempo el alimento de que tengan necesidad, y volver á todos los hombres perfectos....”

“Que no ponga las tinieblas en el lugar de la luz; que no dé al mal el nombre del bien, ó al bien el nombre del mal.... Que seais vos mismo, Señor, quien le establezcáis en la cátedra del episcopado, para gobernar vuestra Iglesia y el pueblo que se le confía. Sed vos mismo su autoridad, su potestad y su apoyo: multiplicad sobre él vuestros dones y vuestras bendiciones, á fin de que, lleno de piedad por vuestra gracia, sea propio para implorarla en todo tiempo con fruto.” Mientras que el coro canta el salmo: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*, el consagrado, estando de rodillas ante el consagrante y teniendo las dos manos abiertas una cerca de otra, el pontífice oficiante, mojado el pulgar en el santo crisma, se las unta en forma de cruz, y dice: “Que estas manos sean untadas de este aceite santificado, y de este santo crisma; y que por una unción tan eficaz, como la que David recibió de Sa-

(1) *Gremial*. Paño cuadrado de que usan los obispos cuando están celebrando sentados. Dicc.—N. del T.

muel, cuando fué consagrado rey y profeta, sean ellas consagradas de la misma manera.”

El consagrado junta entonces sus dos manos una contra otra y las coloca de este modo sobre la banda de tela que pende de su cuello, á manera de banda. El consagrante, despues de haber enjugado su pulgar con la miga del pan, se levanta para bendecir el báculo, diciendo: “Oh Dios, que sois el apoyo de la debilidad humana! bendecid este baston pastoral, y haced por vuestra misericordia, que lo que él significa exteriormente, se cumpla interiormente en la vida y las costumbres de vuestro servidor; por Jesucristo nuestro Señor.”

Y entregándole el cayado, le dice: “Recibid este baston en señal del oficio de pastor que vais á ejercer. Juntad á la severidad necesaria para corregir los vicios, una dulzura que os haga juzgar y castigar sin emoción. Tratad de entretener dulcemente en las prácticas de las virtudes los espíritus que vais á gobernar; pero con esta conducta pasible, no os apartéis jamás de lo que la exacta disciplina pueda exigir de vos.”

Y dando al nuevo obispo el anillo pastoral, el consagrante añade: “Recibid este anillo, como una señal de la fidelidad inviolable con que debéis guardar la Esposa de Dios, que es la santa Iglesia.”

Toma en seguida el libro de los santos Evangelios, que se ha tenido abierto hasta allí sobre las espaldas y la cabeza del consagrado, quien lo toca, mientras el consagrante le dice: “Recibid el Evangelio, é id á anunciarlo al pueblo que os esté encargado; porque Dios, que os lo previene, tiene la potestad de daros todas las gracias de que podeis tener necesidad para hacerlo con fruto; quien vive y reina en todos los siglos de los siglos.”

En fin, el consagrante dá á besar la paz al consagrado, diciéndole: *Pax tibi*. Los obispos asistentes la dan tambien, repitiendo el mismo saludo. Despues el oficiante y el nuevo obispo retornan cada uno á su altar, y volviendo á seguir la misa, la continúan desde donde la habian dejado. Al ofretorio, el consagrante, sentado con su mitra puesta, recibe al consagrado, que viene á él entre los dos obispos, y se pone de rodillas presentándole por ofrenda dos cirios encendidos con dos panes, de los cuales uno es dorado y otro plateado: ademas, dos barriles con los mismos adornos, que así como los dos panes y las dos velas, llevan los escudos del consagrante y el consagrado.

Despues de la ofrenda, el consagrante continúa su misa. El consagrado se viene á colocar al lado de la epístola entre los dos asistentes. Su misal está abierto ante él, y dice todo el resto de la misa al mismo tiempo que el consagrante. Este pronuncia en alta voz lo que de ordinario

se dice bajo para que el nuevo obispo pueda oirlo y seguirlo. Comienzan juntos esta oracion, que se hace al ofrecer el pan: *Suscipe, sancte Pater omnipotens, &c.* Cuando ya deben comulgar los dos, no hay sobre la patena mas que una hostia, que será dividida entre ellos. En cuanto al cáliz, se pone mas vino que el de ordinario, para que el consagrado pueda tomar su parte.

El obispo consagrante y el nuevo electo dicen las mismas oraciones; solamente á la *secretá* el consagrado dice: "Recibid, Señor, las ofrendas que os hacemos, POR MI, vuestro siervo, y conservad EN MI vuestros dones por vuestra divina misericordia."

Habiendo comulgado el consagrante, y recibido el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, tomando solamente una parte de la hostia partida, toma tambien una porcion de Sangre con la partícula de la hostia, que está en el cáliz; dá en seguida la comunión al elegido, que se tiene de pié ante él, inclinándose un poco para recibir el Cuerpo de nuestro Señor, y en seguida lo que resta de la Sangre en el cáliz. Acabadas las oraciones de la misa, se sienta el consagrante en su sillón, y el consagrado viene á ponerse de rodillas ante él, teniendo su bonete sobre la cabeza, para recibir la mitra, que le está preparada y bendecida de antemano. Poniéndosela sobre su frente, recita el que consagra esta oracion: "Ponemos, Señor, sobre la cabeza de este obispo, que debe combatir por vos, un casco de defensa y de salud, á fin de que por este ornamento de su rostro, y esta armadura de su cabeza, que representa la doble fuerza que debe sacar de uno y de otro Testamento, y aparezca formidable á los enemigos de la verdad, y los sobrepuje por la gracia que le acordáreis; vos que ya nos habeis figurado todas estas cosas por los rayos de luz de que adornásteis el rostro de Moisés, vuestro siervo, mientras el diálogo que tuvisteis con él sobre la santa montaña, y por la tiara que ordenásteis poner sobre la cabeza de vuestro pontífice Aaron: os lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo."

Después de esta plegaria, el consagrante y el mas antiguo de los prelados asistentes, toman por la mano al nuevo obispo, y los dos lo hacen sentar en la silla arrimada al altar, y dominando á la multitud. Cuando ha tomado este puesto el consagrado, el que acaba de unirle le pone el báculo en la mano izquierda: después va á colocarse cerca del altar, del lado del Evangelio, y allí, de pié y sin mitra, entona el cántico de alegría y de acción de gracias, el *Te Deum laudamus*; y permanece así, mientras que el coro canta el himno sagrado. En este instante, que es la clausura de la ceremonia, las campanas se lanzan á vuelo: los sonidos potentes del órgano, resonando bajo las bóvedas, se mezclan al metal de las viejas

torres, y á las voces de los sacerdotes. La alegría de las cosas santas llena entonces todas las almas cristianas. El consagrado, el elegido del Señor, desciende del altar, avanza con toda la majestad episcopal; sus dos asistentes marchan á su lado, puesta la mitra y su báculo en la mano, y todos tres, hienden las olas estrechas de fieles; pero es á aquel que acaba de recibir la unción, por decirlo así, aquel que todavía está palpitando, á quien pertenece bendecir al pueblo. Así se ve bajo sus manos, á derecha é izquierda, doblarse las rodillas é inclinarse las cabezas. Allí son las primeras bendiciones del príncipe de la Iglesia: traen la dicha.

La última consagración de obispo á que he asistido ha sido la de monseñor de Dreux-Brézé, obispo actual de Moulins: monseñor Sibour, arzobispo de Paris, era el consagrante. . . . A la derecha del altar, en una tribuna preparada para la familia del obispo nombrado, se me habia hecho notar á la señora Marquesa de Brézé, piadosa y caritativa octogenaria, madre del elegido. Ella fué antes que todas, la que recibió la primera de las bendiciones episcopales dadas por su hijo: esta verdadera madre, segun el corazón de Dios, esa que habia llorado tanto sobre los féretros de dos hijos. . . . lloraba tambien allí; pero esta vez era de alegría y de dicha.

"Como el sacerdocio es una cosa toda divina, dice el concilio de Trento, á fin de que fuese ejercido con mas dignidad y respeto, era conveniente, que para el buen gobierno de la Iglesia hubiese muchas y diversas órdenes de ministros, que por el deber de sus encargos, ayudasen á los sacerdotes á desempeñar sus funciones, y que habiendo sido primeramente ordenados de la tonsura clerical, subiesen por diferentes órdenes, como por otros tantos grados, á la cumbre del santuario."

Volvamos á descender de las alturas en que nos hemos colocado por algunos instantes, mostrando los obispos en el escalon supremo de la gerarquía eclesiástica, y tratemos de describir cada una de las estaciones del sacramento del Orden.

El primer paso hácia el santuario, es la recepción de la tonsura. En los primeros siglos no habia distinción alguna entre los clérigos y los seculares, en cuanto á los cabellos, al traje y todo lo exterior: hubiera sido esponerse sin necesidad á la persecucion, que era siempre mucho mas cruel hácia los clérigos, que contra los simples fieles (1): todos, por otra parte, tenían un exterior tan modesto, como era digno de los clérigos. Después que la Iglesia estuvo en libertad, guardaron el traje ordinario de los romanos, que vestian la toga ó ropa talar ó flotante, llevando los cabellos cortos, y rasurada la barba. Los bárbaros, que arruinaron el im-

(1) Fleury. Instit. de Derec. Canon.